

Salvador Garmendia

y su gloriosa aventura

Rodolfo Izaguirre

Siempre se le veía caminar muy de mañana junto a Augusto Germán Orihuela, Rubén Darío González, César Quintana y Rafael Ángel Rodríguez conversando plácidamente. El grupo era conocido en el Parque del Este, en Caracas, como “el Ateneo que camina”. A veces se incorporaba Manuel Caballero con disfraz deportivo. En la tarde, en mi casa, Salvador comentaba que mientras el Ateneo caminaba a su propio ritmo, Caballero seguía contando los mismos malos chistes de siempre pero ...¡jacezando! Yo los veía venir y aceleraba mi ‘sprint’: “¡Esos intelectuales!”, saludaba, y me empleaba realmente a fondo como un verdadero atleta. Al perderlos de vista, volvía a mi elegante trotecillo septuagenario. Salvador me confesó que en el “Ateneo que camina” se decía, con envidia, que yo me estaba entrenando para el maratón de Nueva York.

Cuando me percaté de que aquella hora matinal era una hora ciertamente geriátrica me cambié para la tarde. Dolido, Salvador desertó una mañana del Parque del Este. “¡Tanto que me gustaba!”, dijo. Pero sus piernas ya no tenían la misma fuerza de antes. Supe en ese momento que la diabetes iniciaba su asalto final.

No me es fácil hablar o escribir sobre Salvador Garmendia. El fue mi mejor amigo durante más de cincuenta años. No lo hice estando él vivo y me cuesta mucho más hacerlo ahora. Tampoco sabría navegar por los océanos de su formidable obra literaria, por los ríos caudalosos de su escritura. La visión urbana del desamparo humano de “Los habitantes”; el tiempo fragmentado y los desdoblamientos de alma de “Doble fondo”; los asomos fan-

tásticos que bullen y se remueven en “Difuntos, extraños y volátiles”; sus cuentos para niños en los que, entre turpiales y pingüinos, es cosa de entender también la psicología de los gatos como auténticos dueños de la casa y luego, el resplandor de la infancia que vimos arder en “Memorias de Altigracia”.

Este trabajo ya lo hacen otros. Estudiosos del hecho literario y del asombro creador; expertos en calificaciones, prácticos en los análisis estructurales, dispuestos a lanzarse sobre los libros para escudriñarlos, diseccionarlos e intervenirlos casi quirúrgicamente. En esta mañana todos prefieren recordar no sólo a Caupolicán Ovalles, el gran discursador de la comarca sino a Salvador Garmendia, un hombre que mantuvo a raya a su propia gloria, confinándola a un discreto segundo plano.

La vez que Vargas Llosa vino a Caracas a recibir el Premio Rómulo Gallegos preguntó por Salvador. Le dijimos que vivía en Mérida, en los Andes venezolanos. “¡Cosa notable!”, observó Vargas Llosa. “Tuvo que irse a la provincia para hacerse universal!” porque, en efecto, acá en Mérida escribió mucho y fue consolidando el cuerpo de una obra narrativa que habría de valerle renombre internacional. Pero permanecía, sin embargo, alejado de aplausos, lisonjas y honores y despreciaba la vanidad. Secretamente, se encendían dentro de él las iluminaciones no menos humildes de Lisandro Alvarado, su coterráneo.

Creo haber mencionado alguna vez cómo evidencié este rechazo y la constatación de tanta modestia. Yo había comprado una nueva edición del Larousse y observé que en ella aparecía una referencia a “Garmendia, Salvador, escritor venezolano, nacido en 1928, y los títulos de algunas de sus obras. Con sincero entusiasmo le mostré el diccionario diciéndole, emocionado: “¡Coño, Salva! ¡Apareces en el Larousse!”. Sin dar ninguna importancia a mi alegría me miró: “También está la palabra mierda”, dijo.

Con los pies bien afirmados sobre la tierra, Salvador Garmendia resultó ser uno de los intelectuales más sólido que haya conocido el país venezolano en buena parte del siglo XX: sabio, dueño de una impresionante cultura; un hombre cuya fortaleza humanística ofrecía una respiración que estremecía y deslumbraba con sólo rozarla, con sólo acercarse uno a ella porque detrás se removía incesante una mente alerta, viva, activa; concedora de todos los ardidés de la escritura, de todos los laberintos del lenguaje por los que se desplazaba sin devolverse, sin tropezar o extraviarse armado como estaba de una brújula de la que sólo él conocía

los mecanismos de su relojería y sus procedimientos de uso. Pero no se trata sólo de su obra literaria. Están también los libretos de las radionovelas que escribió y luego los de las telenovelas. Los guiones de los documentales y de los largometrajes de ficción que produjo para el cine nacional. El guión original de “La gata borracha”, la película de Román Chalbaud, es a mi juicio, uno de los mejores: porque sus personajes se desplazan por una cuerda floja suspendida sobre el más miserable de los melodramas del cine mexicano pero también sobre la exquisita floresta de una película de arte.

Una tarde apareció en casa. Fue una de las raras veces en que lo vi desconsolado. Había pasado por Monte Ávila a recoger un cheque por la venta de su último libro o tal vez como cancelación de sus derechos de autor. Era una cifra exigua, insultante y humillante la que aparecía en aquel cheque. Salvador se vino caminando hasta mi casa, con el cheque en la mano, anudando la decepción que significa ser escritor en un país de tercer mundo; la duda de haber equivocado la vocación, de haberse desviado del camino. Se refirió, en esa tarde de rara amargura, a los miserables contratos que tienen que firmar los libretistas de televisión en los que enajenan todos los derechos de reproducción de sus obras, de por vida, cualquiera que sea el procedimiento a practicar en el futuro. Aquella no fue una tarde risueña, dicha sea la verdad. Revisamos la lista de amigos con bien ganado renombre que arrastran la existencia precaria de cualquier heroína de telenovela con la diferencia de que en el libreto no se vislumbra para ellos (ni para uno mismo) ningún final feliz. Hicimos mención a uno de nuestros cineastas muy reconocido que tuvo que esperar a tener setenta años para comprar su casa.

El mejor tributo que podemos hacer para consagrar la memoria de nuestro amigo y homenajear su formidable legado literario, es unir esfuerzos que permitan defender a otros, es decir, revisar la concepción y aplicación de las normas que rigen los derechos autorales en el país. No sólo contribuiríamos a defender el respectivo patrimonio de nuestros artistas y escritores sino a enaltecer sus esfuerzos creadores y a situar sus obras en el plano de significaciones que ellas ofrecen.

En sus tiempos heroicos en la radio, Salvador escribía directamente sobre el ‘stencil’ las rocambolescas situaciones y los disparados diálogos que daban vida y corporeidad a unos personajes que sólo eran fantasmas herzianos, meras realidades sonoras. Escribía a alta velocidad. Sacaba un ‘stencil’ de la máquina de escribir, ponía otro y otro y despachaba varios capítulos en una mañana. Así levantó una primera familia. Terminada la jornada en la noria, respiraba hondo; colocaba entonces la hoja en blanco

y escribía “Los habitantes”. Debía mantenerse, sin embargo, en alerta constante para evitar que tanto en el ‘stencil’ como en la cuartilla se interpolase o interfiriese un lenguaje en el otro. Era la personificación criolla de Jekyll y Mr. Hyde. Mientras escribía el capítulo de una de aquellas radionovelas lo sentí tan abrumado que le pregunté si podía ayudarlo en algo. “No puedes”, me dijo. Y soltó su celeberrima frase: “¡Escribir mal es muy difícil!”

De allí que no sintiera nunca miedo a la página en blanco o a la pantalla de la computadora. Sostenía que el escritor debía encontrar en ellas la incitación a escribir, a llenar ese espacio, poblarlo de objetos y personajes; invadirlo, colmarlo de palabras y sonoridades y tratar de encontrarse uno a sí mismo en aquella página blanca o en esta pantalla de la computadora y descubrir, en la palabra escrita, su última y más secreta resonancia, ese silencio misterioso y particular que, al igual que el de la muerte, es capaz de convertirse en una música gloriosa. Me enseñó a escribir frente a una pared desnuda, sin libros alrededor. Sentía que los libros pesaban mucho, que arrastraban el peso de la cultura y la tentación de consultarlos en cada atolladero, cada vez que se requiere de la cita oportuna, del redondeo de una idea; la manera de resolver un determinado problema de escritura. Evitar los libros en el instante de escribir comporta, en cierto modo, la obligación de asumirse cabalmente como escritor.

Insistía también en la conveniencia de suspender el trabajo; hacer una pausa y regresar desde la ficción literaria para no extraviarse y quedar perdido en ella, para siempre, sin posibilidad alguna de regreso. Sostenía que resultaba prudente levantarse del sitio de trabajo y acercarse a la cocina de la casa y destapar las ollas, tocar los trastos y constatar que están allí, que siguen allí; que pudimos devolvernos esta vez de la ficción, incólumes, para poder retornar luego a ella con más brío y frenesí. Así avanzó Salvador Garmendia por la vida del país, enalteciéndolo en la medida en que se enaltecía él mismo al recorrer los caminos de su propia vida. Trazó el arco desde Barquisimeto donde nació el 11 de junio de 1928 y lo dejó caer en Caracas con unas estadías en Maracaibo y Mérida; y luego en viajes que lo llevaron a encuentros y congresos de escritores en otras ciudades y países sin perder la fuerza de un humor que nunca dejó de aceitar cuidadosamente con el que disparaba textos mordaces e irónicos que ponían al descubierto las astucias y escondrijos de la picaresca nacional.

Estoy seguro de que si insisto en buscar ese raro silencio y el vivo resplandor que Salvador Garmendia logró descubrir en la palabra escrita, también encontraré nuevamente al amigo que no pudo levantarse de su lugar de trabajo y quedó flotando, a su aire y regocijado, en los eternos espacios de su gloriosa aventura.